

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

Los detectives

George K. Arthur

Marceline Day



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III Publicación Semanal de argumentos

Núm. de películas de

87

METRO GOLDWYN MAYER

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

Los Detectives

Divertido asunto, interpretado por
KARL DANE, GEORGE K. ARTHUR,
MARCELINE DAY, etc.



Es una Producción

METRO - GOLDWYN - MAYER

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 —BARCELONA

Los detectives

Argumento de la Película

Karl era detective de un hotel de Nueva York. Era muy aficionado a contar aventuras y peripecias que no le habían ocurrido nunca. Se daba pisto ante las ánimas cándidas que le escuchaban.

—Yo solo he capturado cuadrillas peligrosas de bandidos... Sólo con mi pistola. Ahora como detective del hotel, puedo asegurar que no tengo rival posible en este oficio.

Muchas veces explicaba esas supuestas historias a Luisa, la mecanógrafa del hotel, criatura de una perfecta belleza.

Ella sonreía, sin creerle, y burlándose a veces de sus quijotadas...

Karl estaba enamorado de ella, pero tenía un rival terrible, Arturo, el botones del hotel, preferido en el corazón de Luisa.

Los dos hombres se odiaban profundamente.

Un día en que Karl estaba hablando con la mecanógrafa, Arturo fué a la cercana cabina de teléfono y llamó a Luisa.

—Quisiera hablar con el detective peor del mundo—dijo.

—Ahora se pondrá al aparato.

Luisa dió el auricular a Karl y éste preguntó:

—¿Quién es?

—Le habla el gerente del hotel—dijo Arturo, simulando la voz—. Alguien está haciendo funcionar la pistola en el cuarto del doctor Orloff. Vaya y pare las balas.

—¡Voy corriendo!

Empuñó su pistola y se dirigió al cuarto indicado.

Arturo se echó a reír y acercóse de nuevo a Luisa, contento de haberse librado de su rival.

En las habitaciones que ocupaba el doctor Orloff, sabio arqueólogo, estaba congregado un público selecto ávido de escuchar las palabras del conferenciante y de ver las momias que éste había traído de Egipto.

Entró Karl, pistola en mano.

Hubo gritos, pánico, mujeres que se desmayaron... El doctor dirigióse tranquilamente hacia el detective:

—¿Quién está tirando al blanco en este cuarto?—preguntó Karl.

—Aquí se dan conferencias, sin hacer ejercicios de tiro. Somos gente de paz.

Convencido de que se había tirado "una plancha", murmuró el policía:

—Usted perdone, doctor.



—He mandado a ese morral arriba para quitártelo de delante.

Y bajó de nuevo hacia el "hall" del hotel, extrañado de aquel absurdo aviso telefónico.

Vió a Arturo hablando con Luisa... El

botones sonreía a la linda muchacha y le decía sonriente:

—He mandado a ese morral arriba para quitártelo de delante.

Karl tembló de rabia al escuchar aquellas palabras. Permaneció detrás de Arturo sin que éste se diera cuenta...

Luisa vió a Karl e hizo señas del peligro al botones pero éste, no la comprendía...

—Si esa mala sombra se atreve a llamarse detective, yo podría pasar si lo quisiera por ministro—agregó el joven.

—Arturo...

—Los detectives nacen y no se hacen... Karl es incapaz de hacer daño a un mosquito.

—¡Que te crees tú eso!—rugió una voz.

Y al propio tiempo el detective pinchó con un alfiler la parte más redonda y blanda del cuerpo de Arturo, quien dió un grito espeluznante y escapó recitando el "Ay, ay, ay".

Mientras tanto, había acabado la conferencia científica y los concurrentes se despedían del doctor.

—¡Hasta mañana, señores!...

Y al estrecharles las manos contemplaba con malignidad las joyas que llevaban consigo.

En realidad el doctor Orloff no era más

que un bandido internacional que se había disfrazado de hombre de ciencia para poder realizar impunemente sus golpes.

Le acompañaban dos hombres de su confianza quienes al abandonar el último concurrente el salón, comentaron la audacia de su jefe.

—No me gusta esa idea de las momias —dijo uno de ellos—. Tengo miedo de que vayamos a parar a la cárcel.

—Esta es la última vez que trabajo con él. Su osadía nos va a llevar a todos a prisión.

Y miraron a Orloff que paseaba orgullosamente contemplando las momias que indudablemente le traerían algún "momio"...

* * *

El detective Karl fué presentado por el gerente del hotel a una hermosa dama.

—Le presento a la señora Winter que posee un collar de perlas de gran valor. Conviene que tenga mucho cuidado con sus alhajas.

—Encantado de poder serla útil, señora... Estando yo de vigilancia nada debe usted temer.

—Si sube a mis habitaciones esta noche, le enseñaré las joyas—dijo la señora.

—Con mucho gusto. No faltaré.

Y contempló sonriente a la preciosa criatura que ya le trataba con tan dulce intimidad.

Contento de poder realizar un servicio de vigilancia tan importante, el detective dirigióse a ver al doctor Orloff y a decirle con manifiesta imprudencia:

—¡Felicítame, doctor!... Me acaban de hacer detective de verdad.

—¿Qué ocurre?

—Estoy guardando a la señora del cuarto 317... Medio millón en perlas, ¿qué le parece?

—Le felicito sinceramente. Esto se llama estar acertado en la elección.

—Muchas gracias... Por fin se reconoce que no hay en el mundo detective más listo que yo.

Y aquella noche, se escucharon en el cuarto núm. 317, espantosos gritos de socorro.

Aturo, que pasaba por el corredor, escuchó aquella angustiosa demanda y al propio tiempo vió salir de la habitación a un hombre con el rostro cubierto y con un largo abrigo negro.

Quiso huir, pero el sujeto misterioso le envolvió en su gabán y se lo llevó de allí metiéndolo en otro cuarto.

Salieron los clientes de sus habitaciones. Saltaban de la cama, horrorizados por los gritos de auxilio.

El detective Karl a medio vestir y temblando como la hoja del árbol, empuñó su pistola.

Apareció también el doctor Orloff que acababa de salir de su habitación.

Era este hombre quien convenientemente disfrazado había efectuado el robo y depositado el collar de perlas en el interior de una linterna eléctrica que asomaba ahora por uno de los bolsillos de su batín.

Volvieron a repetirse los gritos de socorro.



—Estando yo de vigilancia, nada debe usted temer.

Karl empujó la puerta y con un considerable esfuerzo logró abrirla. Entraron todos en la habitación de donde habían partido las desesperadas llamadas. No vieron a nadie.

De pronto asomó una mano que abría la tapa de un cofre y que agitaba los dedos con frenético movimiento.

Abrieron el arcón encontrando en él maniatada a la señora Winter.

—Dígame lo que le ha ocurrido—gritó el detective.

—¡Me han robado las perlas! Ha sido un hombre con un sombrero flexible y un abrigo negro que le llegaba hasta los pies.

La gente comentaba en alta voz el sensacional suceso.

—¡No hablen! ¡Déjenme pensar!—exclamó el famoso detective.

Meditó unos momentos como si estuviera persiguiendo la idea salvadora, hasta que de pronto dijo, pegándose un gran golpe en la frente:

—¡Ya le tengo! Todo se reduce a encontrar a un hombre que usa sombrero flexible y abrigo negro. ¡La cosa es bien sencilla!

Salió del cuarto comenzando a buscar por el pasillo. Todos los clientes del hotel le seguían, entre ellos Orloff que se lamentaba mucho de la poca seguridad que había

en el hotel.

Al pasar ante una puerta, miró por el ojo de la cerradura y dijo luego con expresión de triunfo:

—¡Ya le tengo!... A ver una linterna...

Y viendo la que asomaba por el bolsillo de Orloff la cogió con una galante sonrisa. Acto seguido abrió la puerta.

—¡Sal... o te mato como un ratón!—gritó.

La persona que estaba allí encerrada no podía moverse, y momentos después apareció Karl con un hombre medio desvanecido que llevaba un gabán hasta los pies y un sombrero flexible.

Desembozóle rápidamente y todos vieron que se trataba de Arturo, el botones del hotel.

El pobre muchacho explicó que había sido cogido por un enmascarado quien le encerró en una estancia propinándole unos cuantos puñetazos y vistiéndole aquel abrigo.

Era imposible que Arturo hubiese robado el collar. Todos dieron crédito a sus palabras. Pero Karl, aunque convencido de la inocencia de su rival, aprovechó la ocasión para vengarse de la bromita del día anterior y dijo:

—Este muchacho me pertenece... Que no se mueva nadie.

Y cogiéndolo por un brazo, le llevó a la habitación del detective y allí comenzó a pegarle hasta no dejarle hueso sano.

Se oyeron gritos espantosos, después silencio, después nuevos gritos de tono ronco...

Apareció Luisa y al saber lo que ocurría se puso a llorar.

—¡Dios mío!... Ese detective como es mucho más forzudo y robusto que Arturo, le debe estar matando... ¡Por Dios!... ¡Vayan a salvar al botones de las manos de ese bruto!

Compadecidos, los clientes empujaron la puerta y entraron en la habitación...

¡Iban a encontrar muerto ya a Arturo?

Y lo que vieron fué... al detective Karl, caído en tierra desvanecido y a su lado Arturo descargándole con un palo garrotazos de pronóstico... grave.

David vencía otra vez a Goliath.

Al día siguiente por la mañana todavía no se había dado con el ladrón.

Arturo decía a Luisa:

—Voy a ver si encuentro yo mismo al ladrón para dar una lección a ese gandul de detective.

—¡Ojalá lo cogieras! Acabo de enterarme que la señora Winter ha ofrecido una recompensa de diez mil dólares al que recupere las perlas.

—No dudes que venceré... Y después de cobrar la recompensa, ¿te casarás conmigo, bien mío?

—¡Te lo prometo!

¿Qué hombre no se siente valiente ante semejante promesa? Arturo se creía capaz de emular a un verdadero gigante.

Y haciendo traición a sus pantalones, se vistió de mujer, se puso una peluca, pintóse un poco los ojos y los labios y tomó el aspecto de una deliciosa camarera.

Entró en varias habitaciones a efectuar la limpieza para ver si encontraba algún indicio.

Le tocó el turno a la estancia del doctor Orloff. Mientras arreglaba la cama escuchó una conversación interesantísima que sostenían Orloff y dos camaradas, en el cuarto contiguo.

Uno de ellos, decía:

—Ahora que tenemos las perlas, debemos marcharnos en seguida de aquí.

—Pero es que el detective tiene mi linterna eléctrica y las perlas están dentro—dijo Orloff.

Arturo se estremeció... ¡Santo Dios! Estaba ya sobre la pista... ¡Y qué pista iba a

darse si lograba recuperar él las perlas!

Siguió escuchando...

Oyó que entraba una nueva persona en la habitación. Reconoció la voz del detective Karl.

Este dijo al llegar:

—Me olvidé devolverle la linterna, señor doctor.

Orloff sonrió gentilmente y fué a coger con un ávido movimiento de sus manos la linterna que le ofrecía el estúpido polizonte.

Pero éste al agitarla observó que algo se movía dentro de su tubo y dijo:

—Me parece que la he roto.

—Da lo mismo.

—Tome la mía y yo me quedo con la rota.

—¡Oh, de ningún modo!... ¡Yo no puedo consentirlo!

Y Orloff apoderándose de la linterna en la que había las perlas, entró en la habitación vecina para guardarla en el cajón de un pequeño armario.

Arturo se había escondido rápidamente tras un sillón y cuando vió que Orloff salía de nuevo, salió de su escondite y apoderóse de la linterna.

Allí, allí dentro había un capital... Tan tembloroso estaba que se le cayó la linterna de las manos...

Orloff, que estaba de nuevo hablando con

el detective, estremeci6se al escuchar un ruido y rog6 a Karl que aguardase un momento.

—¿Le estarían quitando la joya?

Vi6 en el cuarto a la "criada" con la linterna en la mano. Se la arrebat6 con indignaci6n.

—¿Qu6 hacfa usted aquf?

—Cogf una linterna para buscar un bot6n que se me ha cafdo.

—¡Imb6cil!

Meti6se en el bolsillo la linterna y volvi6 a salir.

—¡Nunca vi una criada tan fresca!—dijo al detective.

—¡Voy a verla!

Y Karl que se crefa un Don Juan Tenorio... con americana, reuni6se con Arturo y no adivin6 que tras aquel lindo vestido femenino... habfa un ejemplar del sexo fuerte.

Ella sonrefa, sin hacer caso de sus miradas y palabras y complaci6ndose en prolongar aquella burla.

—¡Vamos, muchacha, que aquf estoy yo!—dijo.

—¿Y qu6?

—Soy el detective de la casa, nada menos.

—Y a mf, ¡plim!

—No seas terca...

Y pretendi6 besarla, pero Arturo que no querfa llevar la broma hacia otros extremos demasiado comprometedores, le obsequi6 con una bofetada al propio tiempo que le decfa:

—¡No... no!... ¡Yo soy una mujer honrada!



—Soy el detective de la casa, nada menos.

Y desapareci6 con pasos menudos y estudiados de mujer, mientras Karl quedaba herido de amor..

La sigui6 por el pasillo, pero Arturo, creyendo que no estaba Karl, quit6se la peluca... y el detective descubri6 el engaño.

Si Arturo no llega a escapar a tiempo...
Karl lo descuartiza.

* * *

Desde el robo de las perlas, en el hotel se sospechaba de todo, hasta de las ostras. Karl vigilaba día y noche, sin resultado positivo alguno.

Aquel día, Luisa entró en la habitación del doctor Orloff y mostrándole una carta, le dijo:

—Aquí tiene la carta que usted me dictó, doctor.

—¡Muchas gracias, señorita!

—Pero, ¿qué es eso?

Y Luisa, atrevida, señaló unas perlas que asomaban en el bolsillo del chaleco del doctor.

Tiró de las perlas y en sus manos quedó el collar.

—¡Oh, el collar de la señora Winter!— dijo, reconociéndolo.

No tuvo tiempo de hablar más. Lanzóse el doctor sobre ella y le tapó la boca con un pañuelo.

Y después de amordazarla la metió en un sarcófago egipcio que en algún tiempo había contenido una momia.

—¡Es preciso huir rápidamente!—dijo a sus cómplices que acudieron en el acto.

Llamó por teléfono a la conserjería ordenándole que pusiesen en un automóvil su equipaje.

Este recado lo recibió Arturo, y dispuesto a impedir que se le escapara el ladrón, entró furtivamente en el cuarto de Orloff en ocasión en que éste y sus cómplices habían salido un momento afuera. Encerróse en otro de los sarcófagos...

Pusieron en un automóvil particular el equipaje y Orloff y sus hombres se encaminaron a él.

Quando el detective Karl acercóse a ellos para rogarles abonasen la cuenta del hotel, Orloff le contestó con un desprecio y lo empujó rudamente lejos de allí.

Subieron al automóvil emprendiendo loca marcha. Pero con una motocicleta, Karl le siguió la pista.

¡Ah, diablo! ¡Cuánta extrañeza le causaba la actitud del doctor!

A varios kilómetros de la población se levantaba una casa misteriosa ante la que Orloff y sus hombres se detuvieron.

Momentos después sarcófagos y maletas fueron llevados dentro la nueva mansión.

Orloff destapó la caja en que iba Luisa, y a pesar de las terribles protestas de esta muchacha, la encerró en una habitación.

Allí estaría hasta nueva orden.

Aprovechando la ausencia de los bandidos, Arturo salió de su escondite y anduvo vagando desorientado por la casa.

¿Dónde estarían las joyas?

Temblando de miedo el detective llegó a la casa misteriosa. La puerta estaba abierta.

Fué avanzando de puntillas, volviéndose a cada momento, más agitado que el mercurio.

De pronto en una de las habitaciones se encontró con el odiado Arturo:

—¿De dónde sales tú?—le dijo.

—He seguido a Orloff hasta aquí. El es el ladrón de las perlas y de Luisa.

—¿El? ¡Pobre Luisa! —rugió—. Pero, ¡acuérdate! ¡Yo soy el detective y no quiero que nadie se meta en mis asuntos!

—Todo lo que quiero es encontrar a ese ladrón—dijo el botones—, porque yo...

Enmudeció rápidamente al ver avanzar a Orloff.

Karl no le veía, pues se hallaba de espaldas a él.

Temblando, Arturo dijo:

—De todos modos parece mentira que sea un ladrón con la cara de persona decente que tiene.

—¡Lo que yo quisiera es verle esa cara!

—¡Espera un poco!

Y viendo una puerta abierta escapóse por allí para que Orloff se las entendiera a solas con el detective.

—¡Karl!—gritó la voz del doctor.

El policía quedó aterrado, pero revistiéndose de profundo valor, gritó al contemplarle:

—¿Dónde están la muchacha y las joyas?

—Tira de ese cordón y mis criados te acompañarán adonde se encuentra la joven y el collar.

—¡No me engañes porque te va a costar caro!

—¡Puedes tirar sin miedo!

Karl obedeció y en el mismo momento, abriose una trampa disimulada en el pavimento y el pobre Karl se deslizó por ella con un salto prodigioso.

Volvió a cerrarse la trampa...

Karl había caído en un foso... ¿No le sacarían de allí nunca?

Mientras tanto, prosiguiendo sus pesquisas por la casa, Arturo había entrado en la habitación donde estaba presa Luisa.

Ambos se sumieron en un abrazo profundo, cariñosísimo...

—¡Sácame de aquí!

—¡No temas!... ¡Voy a ver si encuentro una salida!

Y mientras él buscaba el mejor modo de huir, el sillón en que estaba apoyada la

joven, se hundió repentinamente en el vacío y volvió poco después a aparecer, ya desocupado.

Cuando Arturo regresó encontróse con la desagradable sorpresa de que Luisa no estaba allí.

Sintióse sobrecogido por un fuerte temblor nervioso... buscó en todas partes... y al hacerlo junto a un lecho, abrióse el pavimento y el pobre botones cayó al foso.

¡Uno más que bajaba!

* * *

Luisa no estaba en el sótano; había sido trasladada a otra habitación más segura.

Pero en cambio, Arturo encontró allí a Karl, el rival, el hombre odiado.

—¡Otra vez tú!—le gritó el detective.

—Y no por mi gusto. He caído como ves en la trampa... Y, sin embargo, debemos unirnos para salvar a la muchacha, sea como sea.

—¡Es verdad!...

Oyeron pasos en una estancia cercana. Vieron bajar a Orloff y sus cómplices. El de la que estaban separados por una reja, primero, dijo:

—Subid esa caja a mi laboratorio.

Y señaló un sarcófago egipcio.

—Primero pienso hacer desaparecer a la muchacha—continuó—y luego voy a convertir a los otros dos en momias.

Volvieron a salir los tres bandidos...

—Tenemos que salir de aquí para ayudar a Luisa. Ya has oído.

—Pero, ¿cómo?

—Hay que discurrir...

En vano procuró Karl romper la reja. ¡Imposible! Pero, Arturo conociendo el refrán de que vale más maña que fuerza, vio que la reja se corría hacia una abertura de la pared.

—¡Vaya un detective!—le dijo—. ¡Serías incapaz de salir de tu propia casa!

Registraron el cuarto en que se encontraban alineados varios sarcófagos.

Arturo recordó las palabras oídas poco antes a Orloff, y dijo:

—¿Qué harías para ser un héroe, Karl?

—Enderezar la torre de Pisa.

—Una cosa más fácil y que te irá muy bien. Hacer de momia.

—No te entiendo...

—Tú te metes en este sarcófago que van a sacar de aquí... Yo procuraré huir... Cuando estés arriba, te será fácil escapar y entre los dos libraremos a la muchacha.

—¡Confermes! ¡Manos a la obra!

Sacaron a la momia de la caja, la desen-vendaron y el botones comenzó a envolver con las mismas vendas al detective.

—¿Cómo puedo ayudar a Luisa si estaré atado?—dijo Karl.

—No te preocupes. Si te matan toca este pito.

Y puso un pito en sus labios.

Acabó de vendarle por completo hasta el extremo que podía confundirse realmente con una de aquellas momias milenarias.

—¡Me has atado tanto que parezco un salchichón!—suspiró el detective a través de su envoltura.

—No hables, ni respires, solamente toca el pito.

Los cómplices del doctor llegaban. Arturo corrió a ocultarse detrás de unos bultos.

Los bandidos subieron el baúl hacia el laboratorio.

Con las naturales precauciones, Arturo salió de allí...

Al pasar por un corredor vió a un sujeto envuelto en una bata blanca y con la cabeza cubierta por un gorro.

Tenía aspecto de operador... no de películas... sino... cirujano.

Arturo pególe un garrotazo y lo tendió sin sentido. Luego, apoderándose de sus ropas se las vistió, cubriéndose además la cara con un pañuelo blanco y entró en una

habitación en cuya puerta había un letrero que decía: "Laboratorio".

Orloff se hallaba solo ante el sarcófago abierto.

—¡Llega usted a tiempo, doctor Kluck! Ayúdeme a hacer la disección de esta momia.

Y señaló a la supuesta momia que no era otro que el detective.

Arturo respondió con un gesto afirmativo y acercóse a Orloff.

Al oír la palabra disección, Karl estremecióse, lo que no pasó inadvertido para Orloff quien no creyó posible que una momia despertara al cabo de tantos siglos.

Arqueó las cejas... ¿Qué podía ser aquello?

Auscultó a la momia y escuchó perfectamente los atropellados latidos de un corazón.

¡Cómo le estaban engañando, repámpanos!

Arturo aprovechó la ocasión para quitarle del bolsillo la linterna eléctrica donde estaban encerradas las perlas.

Sin darse cuenta del despojo, Orloff tomó un cuchillo:

—¡Verá usted qué espléndida disección!

Desesperado, Karl se puso a tocar el pito tan débilmente que más parecía aquello un pequeño silbido.

—¡No silbe, doctor! ¡Trae mala suerte!

—Si no silbo...

—Me lo parecía... Bueno... yo voy a cortar la momia... y usted recogerá los pedazos.

Y Orloff comenzó a partir las vendas dejando ya al descubierto el traje del detective.

Comprendiendo Arturo que corría peligro de ser descubierto, se dispuso a huir, pero Orloff sorprendió su intento... y al mismo tiempo notó que le habían robado las perlas.

—¡Ah, miserables, bandidos!

Lanzóse contra Arturo, pero éste pudo escapar con oportuna ligereza.

También el detective logró huir, mientras Orloff desesperado llamaba a grandes gritos a sus cómplices.

Aparecieron éstos.

—¡Pronto!... ¡Se han apoderado del collar!

Arturo había logrado dar con el paradero de Luisa, a quien dijo estrechándola en sus brazos:

—¡Tengo las joyas, amor mío! Vamos a cobrar la recompensa.

Y listo como una ardilla, destornilló la linterna eléctrica, quitó de su interior el collar y puso en substitución unas cuantas

piedrecitas cuyo sonido podía confundirse con el de las perlas.

De esta manera si le robaban de nuevo la linterna... se llevarían chasco.

No anduvo desacertado al tomar aquellas precauciones, pues Karl reunióse con él, y cuando supo que el botones tenía las perlas, con todo disimulo le quitó del bolsillo la linterna, y marchó corriendo hacia la calle.

Luisa y Arturo se dispusieron también a salir.

De pronto el botones se tanteó el bolsillo ¡Ya no estaba la linterna! ¡Si no llega a prevenirse!

—¡Ha sido Karl!—dijo—. Ese gandul se cree que me ha engañado. ¡Va a llevarse chasco!

Salieron del cuarto y se dirigieron a la escalera. Al estar junto al rellano superior, vieron, asustados, abajo, a Orloff y a sus dos cómplices.

Orloff gritó:

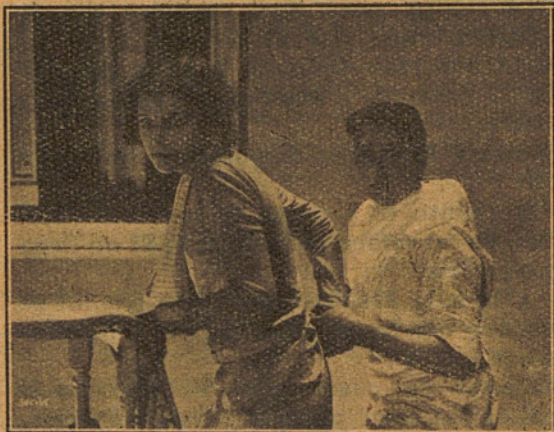
—¡Cogedlos!

—¡Huyamos, Arturo!—suplicó ella.

Y Arturo, impensadamente puso el brazo en el pasamanos de la escalera... y ¡oh, providencia!... abrióse el pavimento sobre el que estaban Orloff y sus dos cómplices, y los tres hombres desaparecieron hacia el foso.

Arturo había tocado sin querer el resorte de una trampa...

—¡Estamos en salvo!—dijo él con profunda alegría—. Salgamos en el acto. Esta



—¡Huyamos, Arturo!

vez la victoria es nuestra. Les hemos cogido...

Y marcharon con la alegría de la gloria.

Karl, más contento que unas Pascuas, se dirigía camino adelante hacia la ciudad.

Llevaba la linterna donde resonaban, al ser agitada, las piedrecitas maravillosas de las perlas.

¡Diez mil dólares de recompensa! ¡No estaba mal la cosa!

Encontró un automóvil en el camino y lo hizo parar, rogando lo llevasen al cuartel de la policía.

—Está usted llevando al mejor detective del mundo—decía Karl al chofer—. Un día me disfracé de Presidente Lincoln y casi me asesinaron como a él.

Media hora después llegaba a la jefatura de policía.

Habló ante el jefe y otros policías.

—Recuperé las joyas de la señora Winter y puedo decir donde están los ladrones...

—¿Es posible?

—Lo que usted oye... Los ladrones están en una casa a unos kilómetros de aquí.

Y les dió las señas.

—Algún día, muchacho, vas a recibir lo que te mereces—le dijo el jefe, complacido.

Karl llamó por teléfono a la señora Winter y le dijo:

—Muy buenas, señora. Aquí tengo su collar. Ahora espero recibir su recompensa.

—Vengo en el acto—contestó una voz femenina—. ¡Cuánto me alegro!

Karl se frotaba las manos de alegría.

—Hay detectives que están siempre durmiendo—decía a sus camaradas—; pero yo estoy siempre sobre la pista. Ya veis... siete de la cuadrilla contra mí y a los siete minutos estaban todos en el suelo.

—Si todos fuéseis como él—dijo el jefe—esta ciudad sería un paraíso.

—Después de todo lo que he hecho, alguien debía condecorarme.

No tardó en llegar la señora Winter quien dijo radiante de satisfacción:

—¡Oh, querido Karl! ¡Voy a darle mi recompensa inmediatamente!

Extendió un cheque por diez mil dólares y lo puso en sus manos.

—¿Tiene el collar?—le preguntó.

—Aquí.

Karl le mostró la linterna eléctrica.

Comenzó a destornillarla... Todos aguardaban emocionados la aparición del collar.

—¡Está aquí!... ¡Ahora va a salir... ahora!

Pero lo que salieron fueron varias piedras... y no preciosas, precisamente.

—¡Me han robado! — exclamó el detective.

—¿Es posible?

—Sí... sí... Yo recuperé las perlas y...

Aparecieron en aquel mismo momento, Luisa y Arturo.

Este mirando con desprecio al detective, dijo:

—He cogido a los ladrones que robaron las perlas de la señora Winter.

—¿Usted?

Karl le miraba con odio.

—¡Sí!... Y aquí tiene usted el collar...

Y mostró el precioso collar de perlas a la señora Winter... quien le estrechó la mano, agradecidísima.

—¡Para usted es la recompensa... para usted!—le dijo.

Y arrebatando el cheque de las manos temblorosas de Karl, lo puso en las de Arturo.

—¡Diez mil dólares, nenita!... ¡Nos vamos a casar!—le dijo él a Luisa.

—¡Qué felicidad!... Y hagámoslo ahora mismo. Ya conoces lo que dice el refrán: Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana...

—Pues vamos a la vicaría, amor mío.

Y Karl, avergonzado, no sabía cómo excusarse.

—¡Es usted la vergüenza del cuerpo!—le dijo el jefe.



—He cogido a los ladrones que robaron las perlas de la señora Winter.

—Yo recuperé el collar, pero me lo robaron.

—¡Embustero! Deja usted de pertenecer al cuerpo de policía.

Y le arrebató la insignia.

—¡Déjeme la insignia!....

—No.

Quiso recuperarla, usando de la fuerza.

Pero el jefe ordenó que fuera llevado al calabozo, donde permaneció toda aquella noche acusado de agresión contra su superior.

A media noche entraron en su celda Orloff y sus dos cómplices, detenidos poco antes.

Cuando Karl los vió desfogó su indignación contra ellos y empezó a pegarles.

Parecía que le daba un ataque de locura furiosa; tal era su estado de desesperación.

Para calmarle tuvieron que abrir el agua y hacerle tomar una fuerte ducha con una manguera.

Al día siguiente quedó expulsado del cuerpo de detectives...

Y al mismo día, Luisa y Arturo, convertidos ya en marido y mujer, volaron hacia su luna de miel... a gastar alegremente los diez mil dólares.

F I N

Mañana se pondrá a la venta la nueva
publicación semanal

La novela del chofer

con el asunto de Fancomar

La amiguita del chofer



Vea usted esta novela y será
asiduo leitor de la
nueva publicación.

[B]